

**Seis propuestas para la futura *Telépolis*.
Seis respuestas sobre *Telépolis*.
(a las seis propuestas de Andoni Alonso e Iñaki Arzoz)**

JAVIER ECHEVERRÍA*

Tras el análisis del libro *Telépolis*, se suscitan numerosas interrogaciones sobre sus implicaciones futuras en muy diversos campos. De entre todas, hemos seleccionado seis que, en nuestra opinión, presentan una mayor urgencia, para que su autor las comente a su criterio.

1. Ciudad real/Ciudad virtual

*Telépolis es una entidad que se ha ido desarrollando paulatinamente, y parecería que con el decidido impulso político y empresarial, su crecimiento va a aumentar todavía a mayor velocidad. Sin embargo, esa ciudad virtual coexiste con las diferentes ciudades, por llamarlas de algún modo reales, y, si bien el desarrollo de las telecomunicaciones se presenta prometedor, no ocurre lo mismo con el espacio urbano. La crisis de habitabilidad de las grandes urbes, la densidad del tráfico, la sobrecarga de los servicios, la aparición de zonas deprimidas o suburbios, el progresivo abandono de los cascos urbanos en favor de urbanizaciones son sólo algunos de estos problemas. La cuestión es que, en algunos de sus aspectos, *Telépolis* puede agudizarlos, pues puede desembocar en una atomización de las relaciones sociales, una mayor división de capas sociales, en las que los problemas se oculten y no se intente una política decidida para paliarlos. Entonces, los esfuerzos dedicados a *Telépolis* podrían repercutir en forma de una pérdida del interés y la creatividad urbanística necesarias para hacer habitables las ciudades. La cuestión es entonces encontrar un modelo de ciudad real que pueda convivir con la ciudad virtual.*

La revolución industrial transformó profundamente los espacios ciudadanos, despoblando las zonas rurales y generando grandes metrópolis, cinturones o núcleos industriales, así como suburbios, ciudades dormitorio y centros urbanos dedicados al comercio y a los servicios. Las ciudades han sido los escenarios principales de la vida económica y social y por eso los seres humanos se han aglomerado en su entorno. El rasgo más acusado de las grandes metrópolis es la circulación cotidiana de grandes masas de personas de un punto a otro: para ir de compras, para trabajar, para asistir a un espectáculo o para hacer gestiones administrativas hay que desplazarse físicamente. Ello ha acabado generando esos enormes problemas que comentáis.

Telépolis está creando un nuevo escenario (electrónico y telemático) para buena parte de las actividades sociales. La producción y el consumo pueden hacerse desde las propias casas (teletrabajo, telecompra, etc.). La televisión ofrece información, cine, espectáculo y entretenimiento a

* Dirección: Javier Echeverría, Dpto. Lógica y Filosofía de la Ciencia, Univ. País Vasco, Campus de Ibaeta, Apdo. 1249, 20080, San Sebastián.

domicilio. La vida social se concentra en los hogares, que son la base de la nueva ciudad, el banco, la oficina, el parlamento y el estadio han dejado de ser recintos cerrados y se están transformando en redes abiertas que tienen sus nodos en las casas de los telepolitas. Todo ello posibilita una alternativa: frente a la circulación cotidiana de cuerpos y de personas, lo que circulan son mensajes digitalizados. Es normal que las calles de circulación rápida y las variantes de las grandes ciudades vayan a ser reemplazadas por las autopistas de la información. Ya no es preciso ir al centro de una ciudad para estar en el centro de la ciudad, como bien saben los banqueros y los hombres de negocios, que tienden a trabajar a distancia desde urbanizaciones con un elevado nivel de confort, seguridad y adaptación al entorno. Las capas sociales dominantes no habitan en el centro de las ciudades, lo cual está dando lugar a que, en parte por razones de prestigio social, la clase media pudiente también tienda a desplazarse hacia las afueras de las ciudades. Es un proceso de adaptación al nuevo modo de producción, que se caracteriza por ser una producción a distancia. Esto ha ido sucediendo en los EEUU desde hace varios años, y así seguirá pasando. Telépolis favorece la diseminación de las personas sobre el territorio, más que su concentración en zonas superpobladas.

Es cierto que, desde el punto de vista de la extensión, las relaciones sociales se atomizan. Sin embargo, surgen nuevos modos de interrelación social, basados en la interconexión electrónica a distancia. La televisión es uno de los instrumentos de socialización más poderosos de la historia: basta ver su influencia sobre la política o su incidencia en los niños y ancianos. Otra cosa es que no nos guste el tipo de socialización que produce. En cuanto a las redes telemáticas tipo *Internet*, no cabe duda de que generan nuevas formas de interrelación humana, que ya no están basadas en la presencia física, a la que estamos habituados y en la que hemos sido formados.

Pronostico que la mayor parte del trabajo y de la vida económica tendrá lugar en las casas: allí se concentrarán las contradicciones sociales y hará falta una gran creatividad arquitectónica. Las ciudades tenderán a ser lugares de esparcimiento y descansos, sin perjuicio de que tengan varios centros. Puesto que saldremos muy cansados de nuestras casas después de varias horas diarias de trabajo en Telépolis, las ciudades habrán de modificar su oferta de servicios. El modelo de ciudad "real" que se acopla mejor a Telépolis es el modelo californiano: entorno muy cuidado, naturaleza artificializada de gran calidad, pluralidad de núcleos para el entretenimiento, para el paseo y el descanso, locales para desfogarse física y espiritualmente, etc. De hecho, los grandes ejecutivos de Telépolis ya tienden a vivir así. Lo difícil será que esa nueva forma de vida pueda generalizarse a la gran mayoría de la población. Me temo que los centros de las ciudades seguirán convirtiéndose en suburbios durante los próximos años, como ya está sucediendo en algunas grandes metrópolis.

2. Nuestro país y la nueva tecnología de las comunicaciones

España ha entrado con retraso en esa nueva tecnología. Todavía el número de usuarios de las diferentes redes telemáticas en nuestro estado no supera los doscientos mil, siendo la mayor parte de ellos empresas privadas e instituciones como universidades. Si las previsiones se cumplen, esta situación ha de variar radicalmente. En ese caso, y dada la amplitud del espectro social que resultará afectada, sería necesaria una articulación entre políticos, empresarios y sociedad civil, a fin de controlar más democráticamente las redes. Sin embargo, y tal como se han desarrollado las cosas, no existe todavía una actitud clara de cómo enfrentar el problema. Los modelos ajenos, como el caso norteamericano o japonés, no satisfacen plenamente la idiosincrasia, ni las particularidades de nuestro estado. Por este motivo se impone la construcción de un modelo propio. La

razón para ello no es simplemente aportar una originalidad nacional, sino evitar los defectos y problemas que ya han aparecido en otros países. En este sentido, serían necesarias una serie de propuestas concretas, sobre todo de índole político y legal, que ayuden a definir esa nueva actitud, para evitar que, finalmente, la participación en Telépolis que debería representar que nuestro país no se convierta en una simple réplica de las otras existentes.

No creo que los Estados nacionales vayan a ser las instancias que controlen las redes telemáticas, ni pienso que deban velar por su democratización. En este momento, *Internet* es una estructura de interrelación social mucho más democrática que cualquiera de los Estados democráticos, incluidos los Estados Unidos de América. Sería lamentable que, partiendo de esa realidad, hubiera una regresión nacionalista o estatalista.

El modelo de conexión telemática que hay que potenciar es muy sencillo, y nada tiene que ver con las peculiaridades nacionales o con las idiosincrasias locales. Se trata de posibilitar que cualquier ser humano (o grupo, o institución) pueda interconectarse activamente y en tiempo real con cualquier ser humano, y ello públicamente, privadamente e íntimamente. Esto es tecnológicamente posible, aunque tiene un coste infraestructural muy elevado. También ha sido largo y costoso que el agua corriente, la electricidad y la red telefónica llegaran a los hogares.

A partir de ello, cada individuo y cada grupo social podrá mostrar todas las especificidades que le sean propias. Telépolis es una forma social que supera a los Estados en tanto forma de cosmopolitismo, y es bueno que sea pensada como una ciudad plural y federalista, con base en los hogares, y no como una sociedad compartimentada geográficamente en donde cada Estado tenga su propia jurisdicción. La Telépolis estatalizada ya existe: es la televisión. Por suerte, las redes telemáticas plantean una alternativa real a este modelo y no responden a criterios nacionales, ni americanos ni japoneses ni europeos, sino a criterios globales y desterritorializados.

Partiendo de estos principios, el gran problema que se plantea es la gestión de las redes: infraestructuras, mantenimiento, renovación, difusión, etc. Los usuarios de las redes deben seguir teniendo una presencia preponderante en dicha gestión, como ahora sucede, sin perjuicio de que los Estados, las instituciones y las empresas también sean usuarios de dichas redes.

En resumen: sería temible que el Reino de España se pusiera a inventar un modelo propio para las redes telemáticas, habiendo el precedente de lo que sucedió con las redes de ferrocarriles, que fueron idiosincrasia pura. Otra cosa es que haya que hacer lingüísticamente plurales las redes telemáticas, lo cual es una cuestión técnica relativamente compleja, pero con solución posible.

3. El papel del filósofo en la futura sociedad telepolitana

En esta nueva situación, y dado el gran espectro de posibilidades, la tarea de la definición de Telépolis no puede quedar sólo en manos de técnicos o de empresarios. Tampoco el dictamen político es suficiente, por lo que hay necesidad de un debate en el que intervengan otras ramas del saber como la filosofía. Pero como habitante de Telépolis, también el filósofo ha de cambiar sus medios y forma de trabajo, en el que los nuevos instrumentos de comunicación juegan un papel decisivo (bases de datos, foros de discusión, revistas electrónicas, etc.). Sin embargo, existe cierto rechazo motivado por una especie de miedo al cambio tecnológico, y también por la incapacidad para realizar un análisis ponderado. Ello supone también un nuevo tipo de filósofo, que tenga una serie de conocimientos específicos y una actitud equilibrada, libre de temor a lo desconocido, que participe en el debate de forma crítica y provechosa.

La filosofía se ha expresado tradicionalmente a partir del habla y de la escritura. La enseñanza

socrática plasmada en los diálogos, las disputas escolásticas, los comentarios, las lecciones, las conferencias, los seminarios y los simposios (más la remembranza o la narración que alguien pudiera hacer de ellos) son algunos ejemplos característicos de la *filosofía hablada*. Que la filosofía se haya expresado por medio del habla implica que ha estado *mediatizada por el habla*, e incluso por los distintos modos de hablar, y no sólo por las lenguas que la expresaban. De ahí el interés que tienen y han tenido la retórica y las técnicas de argumentación y persuasión, sin olvidar las artes de la memoria. Conviene asimismo recordar otros ejemplos de filosofía hablada, que pueden ser ilustrados mediante el consejo al príncipe o al mecenas, por una parte, pero también mediante el discurso ético o político en un foro público. La distinción entre filosofía académica y filosofía mundana subyace a esta separación entre los dos paradigmas de la filosofía hablada.

El segundo gran medio de expresión de la filosofía ha sido indudablemente, la escritura. Las cartas, los tratados, los ensayos, los artículos, los libros y las revistas, incluyendo las ediciones críticas de los grandes filósofos, son otras tantas variantes de esta *filosofía que se expresa por escrito*. Pero no hay que olvidar los cuadernos de notas, los apuntes, los borradores, las notas marginales y las copias y manuscritos en general. Los filósofos han sido considerados como hombres de letras, como queda constancia en su adscripción clásica a la *République des Lettres*. También en el caso de la filosofía escrita cabría distinguir entre los filósofos académicos y mundanos, admitiendo siempre que estas distinciones tajantes presuponen múltiples grados intermedios y mixturas entre sí. Sin embargo, resulta más importante tener presente que la escritura no se reduce a las lenguas "naturales". Como bien supieron los matemáticos, y tras ellos los científicos a lo largo del proceso de separación entre la filosofía y las ciencias, el pensamiento puede expresarse perfectamente, y a veces de manera mucho más rigurosa y fecunda, cuando se recurre a signos escritos independientes de las lenguas comunes.

Interesa más señalar la aparición de relativamente reciente de otras muchas técnicas y medios de expresión que han desbordado el campo de las *letras impresas*. La fotografía, el cine, el teléfono, la radio y la televisión son otros tantos medios de expresión que han tenido una profunda incidencia social. La filosofía, que se había adecuado a la perfección al habla y a la escritura, se ha mostrado particularmente *inepta* a la hora de acoplarse a estos nuevos medios. Hay discursos y libros filosóficos, pero raras veces cabe hablar de films filosóficos o de conversaciones filosóficas por teléfono. En medio de una profunda transformación de las técnicas y de los modos de expresión social, la filosofía ha permanecido anclada en sus modalidades tradicionales.

Consecuencia la filosofía se ha ido reduciendo a la escritura escalar y al comentario de textos (en el mejor de los casos) y a una pretendida incidencia en la *opinión pública o privada* por medio de los informes, consejos, artículos y obras de ensayo (filosofía mundana). Entre estos dos tipos de filósofos ha habido con frecuencia tensiones, críticas y ausencias de reconocimiento. Pero ni unos ni otros han intentado nunca, salvo raras excepciones, que la filosofía llegara a expresarse recurriendo a los nuevos modos de comunicación social. La filosofía se ha ido quedando arrinconada en las Universidades, y en los gabinetes privados, abandonando al público a otro tipo de discursos.

Si la filosofía ya había encontrado dificultades para expresarse por medio de las nuevas tecnologías de finales del siglo XIX y principios del XX, su *ineptitud expresiva* ha ido aumentando conforme Telépolis ha crecido y se ha ido difundiendo a nivel mundial. Es cierto que numerosos filósofos se han ocupado en analizar los fenómenos comunicativos, pero siempre recurriendo a los medios expresivos tradicionales de la filosofía: libros, artículos, etc. No hay una filosofía propiamente dicha que haya sido elaborada para expresarse mediante las nuevas técnicas de comunicación. Las excepciones son escasas aunque cabe mencionar dos:

Un cierto discurso filosófico se articula de vez en cuando en el ágora de Telépolis: hay personas que son presentadas en televisión como filósofos y que intervienen ocasionalmente en debates y manifiestan su opinión sobre temas diversos: ética, política, ciencia, acontecimientos recientes, etc. Es posible contemplar asimismo lecciones académicas sobre filosofía en universidades a distancia; pero estas tele-universidades no han generado nuevas técnicas de expresión en el caso de la filosofía. Así como la ciencia se ha adaptado a la fotografía y a las imágenes, la filosofía permanece apegada a la reproducción del discurso universitario o de debate entre colegas, por lo cual no se ha adaptado en absoluto a los nuevos *media*. No hay una concepción filosófica de lo que podría ser, por poner un ejemplo, un espacio filosófico televisivo, ni mucho menos un tratamiento formal o estilístico de las imágenes y de los ritmos de expresión que responda a una reflexión filosófica previa.

En el caso de las calles de Telépolis, sí comienza a haber una cierta presencia de la filosofía, en forma de correspondencia electrónica y de teledebates, pero hay que subrayar que dicha presencia es ínfima en relación con el uso que los científicos y los tecnólogos hacen de dichos medios (por no mencionar a los empresarios, a los políticos, a los militares o a los policías, para los cuales son absolutamente esenciales), lejos de ser una de las matrices activamente fundadoras de la *pólis*, como ocurrió en la antigua Grecia, la filosofía actúa a remolque de los acontecimientos y con una evidente desgana con respecto a la utilización de los artilugios de Telépolis.

Parece haber motivos de peso para que ello sea así. En el caso del cine y de la televisión, es claro que los medios de comunicación y la propia articulación del discurso dependen estrictamente de una retórica de la imagen, por una parte, así como de sus componentes teatrales y estéticas indispensables, a las cuales los filósofos no se han sabido adaptar, ni mucho menos han llegado a dominar, cosa que sí han hecho los políticos, los deportistas, algunos empresarios y los representantes de las principales religiones.

Por otra parte, no parece sencillo articular un discurso filosófico en TV que resulte adecuado al medio. En la medida en la que se pretenda mantener un cierto nivel de audiencia (y ello resulta imprescindible en la Telépolis actual), es necesario renunciar al uso de un vocabulario técnico ni a la presuposición de que los interlocutores poseen una cierta formación en lo que respecta a los temas filosóficos clásicos. La brevedad del telespacio disponible en cualquier programa contrasta con el vicio expresivo que numerosos filósofos han ido adquiriendo al dar por supuesto que disponen de todo el espacio de escritura necesario para el adecuado desenvolvimiento de su reflexión. Únicamente los filósofos que dominen el estilo aforístico conseguirán introducir de vez en cuando algún "filosofema" (por recurrir a un término horrendo) en el medio televisivo.

Puesto que las televisiones públicas actuales están basadas en el mercado publicitario, el discurso filosófico habría de ser capaz de saber alternarse, como cualquier otro telepolita activo, con los cortes publicitarios, lo cual resulta impensable. Pongamos irónicamente un ejemplo: aunque uno llegara a hacer accesible a los telespectadores el momento de la duda metódica cartesiana, lo cual resulta harto difícil de pensar, no parece sencillo que dicho discurso resistiera el impacto devastador de la interrupción publicitaria: a no ser, claro está, que se hubiera anunciado explícitamente que el turno siguiente era el del genio maligno, lo cual resultaría un tanto demagógico.

En resumen, por estos y otros motivos los filósofos no son personajes activos en la nueva ciudad: sus críticas, sus análisis y sus comentarios sobre la nueva organización social sigue haciéndose, como sucede con el presente artículo, por medio de la palabra o de la escritura. En las raras ocasiones en que la filosofía se expresa en Telépolis, ello tiene lugar presentando al filósofo como una especie de experto o de asesor, cuyo discurso se alterna con el de otros expertos. De

haber algo que tenga que ver con la tradición filosófica, sólo cabe mencionar la irrupción de las diversas clases de telesofistas, encarnados frecuentemente por profesionales de los medios. Son gentes con capacidad para hablar sobre todo, para preguntar sobre todo y para opinar sobre todo: algunos de ellos perciben considerables emolumentos económicos por esta práctica de la telesofística. Parafraseando a Protágoras, piensan sin duda que los medios son la medida de todas las cosas. La búsqueda telesocrática del saber ni siquiera se vislumbra.

4. Próximos conflictos ante crecimiento económico desigual entre los países

El desarrollo tecnológico supone, entre otras cosas, la potenciación de los países que lo lideran. Como consecuencia, se puede concluir que la innovación tecnológica supone también una importante desigualdad en el crecimiento y la riqueza de los diversos países. La innovación en informática y en telecomunicaciones, así como su implantación en la sociedad supone un gasto que muy pocos países son capaces de soportar. A la vez, las potencialidades que ello conlleva convierte en más competitivos y eficaces a los países capaces de realizar este esfuerzo. Con ello, la actual distancia entre países desarrollados y países pobres aumentaría exponencialmente, e incluso los países con una situación intermedia, como el nuestro, podrían verse abocados a quedarse definitivamente dentro de ese grupo. Ello implicaría el agravamiento de los actuales problemas globales, a pesar de las tesis de Negroponte o Gingrich, con los que se enfrenta el mundo a la víspera del siglo XXI, con su carga de marginación y conflictos locales.

Pasará mucho tiempo hasta que todo el planeta esté tele-urbanizado, y mucho más hasta que dichas estructuras puedan ser utilizadas eficazmente por cualquier habitante del Tercer Mundo, si es que ello llega a suceder alguna vez. No olvidemos que los efectos de la revolución industrial en las casas (agua corriente, alcantarillado, electricidad, electrodomésticos, etc.) todavía no han llegado a la inmensa mayoría de los hogares.

Sin embargo, hay formas de Telépolis (la televisión, el teledinero) que sí se implantarán por doquier con relativa rapidez, al ser formas muy poderosas de negocio y control. Las redes telemáticas, en cambio, sólo serán accesibles a las élites.

Por lo que respecta a la innovación tecnológica, es claro que se seguirá produciendo en los países más desarrollados, con el consiguiente agravamiento de las desigualdades económicas entre unas zonas del planeta y otras. Las tensiones globales ya están aumentando, con la particularidad de que algunos de sus efectos (guerras étnicas, hambrunas, tráfico de órganos, atentados terroristas, guerrillas mediáticas a lo Chiapas, etc.) serán escenificados en las casas de los telepolitas "civilizados". Como veis no soy nada optimista con respecto a la evolución inmediata de los países pobres. Lo más que puede esperarse son fenómenos como los del Sudeste Asiático: Aparición de nuevos cinturones industriales de Telépolis a mucha distancia de los barrios teleurbanizados (EEUU, Japón y Europa) que produzcan las infraestructuras de Telépolis (chips, ordenadores, televisores, etc.) y que tiendan a incorporarse como nuevos barrios de la ciudad a distancia. Pero durante bastantes décadas habrá zonas del planeta que serán puros solares, desde el punto de vista de Telépolis, sin perjuicio de que en ellas se construyen islotes o plazas fuertes de Telépolis (parques tecnológicos, centros de control de satélites, etc.).

En resumen, Telépolis avanzará instalando castillos tecnológicos en las zonas del planeta que no están en condiciones de incorporarse activamente al proceso de cambio tecnológico. Entre tanto, los satélites artificiales seguirán transmitiendo representaciones televisivas de los barrios ricos, dando lugar a fuertes flujos emigratorios.

La única alternativa real si se quiere evitar todo esto es la transferencia de tecnología, junto con la alfabetización y formación de expertos que se apresten a ser los nuevos colonos del Tercer Mundo, sean originarios o no de dichos países.

5. Nuevos rumbos para Internet

La incertidumbre interna que recorre Internet es inherente a ésta por dos motivos: un acontecimiento de esta magnitud no puede ser planificado a priori, y el hecho de estar abierto a nuevos agentes hace que resulte impredecible su desarrollo final. Como resultado no existe una meta a la cual se dirijan los esfuerzos. Sin embargo resulta muy dudoso que esta situación pueda prolongarse durante mucho tiempo, más teniendo en cuenta su enorme potencial económico y político. Esta meta, por lo tanto, ha de definirse a la larga. Cabría preguntarse hacia cuál se dirigirá en el futuro.

La evolución de redes como Internet a corto plazo es impredecible. Su potencial económico y político es enorme, y no sólo porque la innovación científica y tecnológica circula a través de esas redes, sino también porque el dinero ha cambiado de formato: el teledinero ejemplificado por las actuales tarjetas y transferencias electrónicas ha aumentado enormemente la movilidad de los capitales y la velocidad de circulación del dinero, como bien saben los inversores y los especuladores. Desde el punto de vista social, la mayor potencialidad de Internet estriba en que puede convertirse en una alternativa las actuales televisiones. A través de Internet es mucho más fácil incidir en los pequeños segmentos de mercado, y por eso las televisiones y las redes telemáticas tenderán a converger e incluso a ser lo mismo. Lo importante es que también sean posibles las telecomunicaciones privadas e íntimas, condición sine qua non de una sociedad civil en Telépolis.

El riesgo fundamental consiste en que las redes telemáticas lleguen a funcionar en régimen de monopolio o de oligopolio. La actual presencia de los usuarios en los centros de decisión de Internet resulta vital, al menos como factor de compensación. La auténtica batalla política de nuestra época tiene lugar en ese escenario electrónico y no en los parlamentos ni en las calles clásicas.

La meta hacia la cual hay que dirigir nuestros esfuerzos está expresada en el término Telépolis que es preferible por muchos motivos a los de la información o sociedad de la comunicación. Cuando propongo ese término, no sólo lo hago porque heurísticamente resulta muy adecuado para pensar conjuntamente fenómenos muy diversos y de gran relevancia social y económica. En realidad, todavía no estamos ante una ciudad global se trata de construirla, y de que sea una ciudad y no una aldea ni un imperio. En tanto forma social, la ciudad tiene una ventaja fundamental: su pluralidad. Una ciudad es capaz de lograr que convivan en un mismo espacio profesional, cultura, creencias e intereses muy diversos. El riesgo de que haya enormes desigualdades en esa ciudad es real. Aun así, es preferible pensarla como ciudad, y luchar para que sea una ciudad democrática en la que las decisiones sean tomadas (o al menos controladas) por todos los ciudadanos, y no sólo por los grandes señores de la *pólis*.

6. Breve esbozo del futuro telemático

La prognosis sobre Telépolis no se refiere a un tiempo muy lejano. Pero, a pesar de la falibilidad inherente a toda prognosis, sería interesante una breve descripción de cómo se podría desarrollar en un futuro Telépolis, aunque sólo sea una impresión subjetiva.

Pienso que las respuestas anteriores se trasluce lo que pienso de los diversos futuros posibles de Telépoli. No me cabe duda de que habrá numerosas reacciones contra esta nueva forma social: algunos Estados islámicos fundamentalistas han sido pioneros en este sentido, aunque esas reacciones deban de ser interpretadas como tentativas de mantener el monopolio cultural, religioso e informativo del que gozan sus dirigentes.

El proceso de implantación y desarrollo de Telépolis no va a ser vertiginoso. El impacto social de las nuevas tecnologías ha de ser evaluado, y no todo lo que tecnológicamente es factible debe de desarrollarse de manera inmediata. Durante bastantes décadas, Telépolis convivirá con formas más clásicas de organización social: lo importante será medir su tendencia expansiva y su ritmo de implantación.

Desde un punto de vista filosófico, será muy importante atender a las transformaciones del concepto de ciudadanía que se van a derivar del desarrollo de Telépolis por todo el planeta, y en particular en los países más desarrollados. La filosofía política ha estado muy centrada en la forma Estado, y tendrá que comenzar a reflexionar sobre las formas desterritorializadas de interacción humana a distancia. La desterritorialización, la sustitución de los recintos cerrados por redes abiertas (o en su caso cerradas), la interacción a distancia y la transformación de los espacios domésticos me parecen puntos esenciales para estas reflexiones, y por eso los propongo para debate.